
El viajero funesto. El cólera morbus en la ciudad de México, 1850

Salvador Rueda

El medio siglo, promedio de esperanzas, conflictos y transformaciones se sintió en muchos lugares como el principio de la "época de la seguridad". No aquí: el falso sosiego de la rutina no podía desplazar cierta ansiedad por lo inmediatamente venidero y a duras penas haría olvidar lo inmediatamente pasado. Pues las noticias anunciaban un peligro inminente para la capital; el futuro era incierto tanto para los individuos ricos como para los pobres, y también para la nación que se quería construir dentro de los cánones vigentes de la llamada "civilización moderna". Desde los primeros días de enero —colocación de lo noticiado en 1849— las noticias tenían un sabor amargo, sabor a posible despedida. Y es que, junto a las polémicas políticas y a las notas sobre la situación económica del país, aparentemente los presagios de graves problemas, literalmente vitales, anunciaban el regreso de uno de los jinetes de la muerte, incontenible, que se acercaba a la ciudad de México desde el norte. La memoria hacía el resto: se recordaba su terrible paso el año de 1833, cuando diezmó a la población. Era el cólera asiático (*cholera morbus*), al parecer procedente de Nueva Orleans —puerto americano de entrada de esta pandemia—,¹ y que rápidamente invadía los estados occidentales. Se creyó que tras el cólera venía la viruela, según se apreciaba en los periódicos (se conocieron casos en San Fernando y Soto la Mari-

na, Tamaulipas, y en Linares, Nuevo León, en ese mismo enero); igualmente mortífera; se temió que la viruela acabara con la labor destructora que venía dejando aquél. Sin embargo, "el funesto viajero", como se le llamó al cólera en ese entonces, se movía solitario.

Se ataban distintos cabos. Con la enfermedad se trenzaban los problemas políticos y sociales. Los efectos múltiples de una guerra desastrosa se ligaban a los conflictos seculares, estructurales: al golpe de la derrota militar del 47 se unían los vaivenes políticos de un pacto federal que no acababa de anudarse; a los ideales de una sociedad ordenada y dirigida por una "clase propietaria" se ligaban las diferentes realidades de una heterogénea sociedad que no se comportaba como "republicana"; a los problemas de la vida de un país agrario se sobreponían discursos de una burguesía de intenciones —y quizá sólo eso— urbana. El asunto era complejo: la lucha por el poder político se había vertebrado mediante alianzas coyunturales de distintas fuerzas (liberales y conservadores) y de diferentes fuentes de poder real, representadas por los caudillos regionales y por los dueños de la naturaleza productiva, alianzas necesarias en pos de la hegemonía. Intereses sectoriales y regionales, en fin, conformaban la intrincada red de poder nacional, hecha y rehecha constantemente. Y para los hombres involucrados en la esfera de

las decisiones políticas cupulares, los sucesos del medio siglo serían fundamentales: de sus resoluciones y actitudes se armaría la relación entre el Estado y la sociedad civil, entre la "clase política" y el resto de los mexicanos en ese huidizo tiempo-espacio que es la cotidianeidad. Pues fue por este entonces cuando se afinaron los filtros y las mediaciones del ejercicio moderno del poder; se pudo poner en práctica *al conjunto* de discursos jurídicos, científicos y religiosos que hicieron sentir la presencia de liberales y conservadores en la vida cotidiana del hombre común. Preparaban así el que sería el camino de la siguiente generación, la de la Reforma y la intervención francesa, la que haría la política en los siguientes veinticinco años. Por lo pronto, el cólera avanzaba.

Miguel Bustamante, estudioso del tema, refiere así la llegada del "viajero funesto" al país: "El cólera endémico tuvo brotes epidémicos, en 1849, en Coahuila, Durango, Nuevo León y Oaxaca. Coahuila registró los casos de 1849 como extensión de la segunda pandemia llegada ese año a Nuevo Orleans... Campeche y Santa Cruz, Quintana Roo (en ese entonces todavía Yucatán, pues el territorio con aquel nombre fue creado en 1902) fueron víctimas del cólera también en 1849... La pandemia llegó de Europa a los Estados Unidos con inmigrantes alemanes; la onda de Nueva Orleans se extendió al valle del Mississippi y cruzó el continente con los aventureros buscadores de oro en California".²

En la ciudad de México hubo quien se quiso anticipar; el recuerdo de los estragos del cólera en 1833 lo ameritaba. El doctor Pedro Vander Linden, director del Cuerpo Médico Militar, se ofreció a ayudar a prevenir la enfermedad en la capital hacia octubre del 49; pero fue como dar un paso en falso, pues esto le valió ser criticado por *El Monitor* y *El Tío Nonilla*.³ Y es que el cólera estaba lejos todavía y los temores no eran parte de la cotidianeidad. Sin embargo, al finalizar el año ya se tomó la cosa en serio; entre diciembre y enero de 1850 se publicaron en *El Siglo XIX* una serie de artículos de A.M.D. Guilbert sobre las maneras de prevenir los estragos del cólera, bajo el título de

"Medios preservativos del Cholera Morbus". El discurso médico —científico— intentaba crear la impresión de que esta vez el hombre podría controlar a la naturaleza. Pero sus funciones anticipadoras fueron inútiles en este caso. Pudo haber pospuesto los temores, pero la noticia dada por el mismo diario de que en Tampico había muerto un hombre de una enfermedad que, en opinión de los médicos, era cólera, quitaba eficacia a las fórmulas del "lejano" y desconocido Guilbert. Frente a los conceptos, el hecho resultaba mucho más contundente. Y el encargado de escribir la nota no disipó la incertidumbre: "Quiera Dios que se hayan equivocado en su juicio, pues de lo contrario será muy sensible que por diversas partes a la vez se extienda esa asoladora epidemia".⁴ Casi no quedaba la duda: el "viajero funesto" reaparecería después de diecisiete años de haberse estacionado.

A los pocos días, la incertidumbre dio paso a la certeza: se reportaron más casos en el mismo puerto de Tampico, mientras que en El Venado, San Luis Potosí, había ya treinta y dos enfermos de los cuales cinco morirían antes de finalizar la semana. Era difícil adivinar el camino del viajero; no así seguirle la pista: el 6 de enero se reportaron "varios casos de esta enfermedad" en Tepatitlán, Jalisco. Así pues, no quedaba más que aceptar el forzado reto y el hombre quiso adelantarse a la epidemia: en Guadalajara ya se tomaban medidas preventivas; y la ciudad jalisciense demostraría, como todas las demás, su poca resistencia.

El 8 de enero se notificó que el cólera ya había desaparecido en Mazatlán, pero sólo para aparecer en los estados del centro del país. Aunque es obvio que las cifras de enfermos y muertos proporcionadas por los diarios son muy poco confiables, sí muestran en cambio cómo se sentía el ambiente en ese difícil año: eran las cifras que la "opinión pública" del momento conocía y tenía por verdaderas, con las que elucubraba, con las que pensaba su presente y trazaba su futuro imaginarios. Y en esto las cifras eran desesperanzadoras y de una crueldad incisiva por involuntaria: todos

los días el asesino transparente cobraba víctimas (en proporción de un deceso por cada dos atacados durante el apogeo de la epidemia) sin que pareciera detenerse. Así, en San Juan de los Lagos, Jalisco, se reportaron “varios muertos”: hasta el 15 de enero “iban más de doscientos”, en ese nudo de rutas arrieras.⁵ En el Venado, S.L.P., moría diariamente un enfermo la primera semana del año: entre el 4 y el 7 de enero fueron atacadas cuarenta y un personas y murieron tres; del 8 al 10 de enero enfermaron veinticinco, de los que murieron cuatro; del 11 al 14 fueron atacados cuarenta y murieron seis; del 15 al 17, cuando arreció la enfermedad, treinta y cinco fueron atacados, muriendo dieciséis; una semana después, del 22 al 24 se dijo que hubo dieciocho enfermos y cinco muertos... pero el ritmo no disminuyó sino hasta finales de marzo: entre el 22 y el 26 de marzo enfermaron doce personas, de las cuales una murió. Ahí mismo, en San Luis Potosí, las localidades de El Salado, Las Charcas y Llescas comenzaron a reportar enfermos a mediados de enero; hacia finales del mes, Guadalcázar se declaró invadido.

Por ese entonces se anunció que no había cólera en Michoacán. Pero a los pocos días se afirmó que había enfermos en Uruapan y Yurécuaro. En Pungarabato, decía *El Siglo XIX* del 24 de enero, apareció “una enfermedad desconocida”.

También invadió Guanajuato entre enero y febrero. Y se dijo —con manifiesta ilusión— que ya había desaparecido en Tepatitlán, aunque continuaba en su vecina Atotonilco el Alto y en la populosa San Juan de los Lagos. “El cloro ha salvado a la gente de Zapotlanejo”, se afirmó.

Hacia marzo, Ojo Caliente, San Luis Potosí, anunciaba que en una sola semana habían enfermado diez personas, de las que murieron dos. Mientras, en Charapan, Michoacán, hubo ochenta enfermos y, terrorífico binomio, ochenta muertos. En ese estado el cólera avanzó sin parar: en marzo, Uruapan, Ario, Santa Clara del Cobre, Peribán y Numarán fueron invadidos; en La Piedad se reportaron doscientos muertos; en Ario enfermaron, a fines del mes,

setenta personas de las que veintiuna fallecieron. Al principiar abril, también en Ario, hubo ciento treinta y seis enfermos de los que murieron setenta y cuatro. En Santa Fe del Río se notificaron setenta defunciones. Se dijo, inverosímilmente quizá, que en Angamacutiro había ya cerca de quinientos muertos. Zamora, población importante, anunció llevar hasta abril más de mil muertes, mientras que en la Ciénaga de Chapala, en Jiquilpan, al comenzar el azote se reportaron veintisiete decesos.

Y en los estados vecinos de Guanajuato, Jalisco y México, los estragos parecían ir en aumento. En tan sólo unos días del mes de abril, Silao sufrió ciento diez muertes y Salvatierra ciento setenta y nueve de trescientos afectados. Más grave fue lo sucedido en el mineral de La Luz: mil cincuenta muertos en doce días.

El cólera se acercaba a la capital. Y las medidas preventivas, las recetas, los consejos y las cruces y talismanes se volvieron parte de la vida diaria. Los elixires y jarabes, los folletos de médicos, con “remedios que han dado buenos resultados entre los pacientes atendidos”, las notas curiosas y hasta la publicación pormenorizada de los síntomas del cólera parecieron amortiguar el impacto de la inminente llegada que, según atestiguaban los periódicos, sería violenta. Empero, hasta que no se conocieron los primeros casos, el gobierno ciudadano no tomó medidas serias. Se acercaba el cólera a la ciudad de México, “plaga formidable”, “viajero funesto”, entre cuyos efectos sería importante el de su interpretación. El ambiente de pesimismo no podía ser más oscuro: “Esta plaga formidable cuyo solo nombre deja en el alma la impresión más vehemente de terror, parece que se adelanta hacia esta capital, a quien solo falta su presencia para que rebose la medida de sus infortunios. Presa disputada con encarnizamiento por los bandos políticos, carece de representación en el congreso general; la falta de vigor y acción de los encargados de la justicia, la hacen foco de los bandidos y el teatro de los crímenes más atroces. Sin policía, la exponen a que perezca entre las llamas o desaparezca en el fondo de

las lagunas; y por fin, sin ayuntamiento la privan de los que expresamente tienen el deber de su conservación. Parece una ciudad maldita sobre la que pesa el azote del Señor; ciudad réproba, que a la manera de las que nos habla la Escritura, lleva el sello del anatema y exterminio".⁶ Algo queda en evidencia: mientras que los hombres del círculo político se preocupaban por el futuro del poder y anunciaban a sus candidatos a la presidencia, en los diarios empezaba a cubrir espacios la nota que preocupaba a los lectores no-políticos, a la postre no-votantes. Los discursos periodísticos deslindaban intereses cotidianos. En ese ambiente sentían los primeros síntomas de la enfermedad anunciada meses atrás, síntomas por ahora más psicológicos que físicos: pesimismo, desánimo y ansiedad. Y su reflejo en la prensa se evidenció: recetas, medicinas, misas, talismanes, yerbas y consejos que querían prevenir la invasión de ese asesino invisible, el cólera morbus.

Pues esa sombra que llegó con el año, se acercaba a la ciudad capital. Su huella de muerte, marcada en la memoria en 1833, hacía resurgir miedos apenas disfrazados de seguridad por los discursos científicos y religiosos que se enlazaban a las primeras medidas concretas tomadas por el gobernador del Distrito Federal. Los estragos ya notificados desde finales del 49, a fuerza de ser cuantificados y repetidos por la prensa, tal vez ya habían dejado de sorprender aunque no disminuyeron el temor. El cólera seguía siendo noticia y los pueblos por los que pasaba en su incontenible itinerario estaban cada vez más cerca de la ciudad de México. Las cifras resultaban inquietantes, si bien seguramente inexactas; por diversos medios los habitantes de la ciudad sabían que la llegada del viajero funesto no sería agradable.

El temor tenía como aval a las noticias provenientes del interior del país. Los números hablaban: los muertos sumaban miles entre enero y abril, mientras que las cantidades enviadas semana a semana no parecían disminuir. Y ante ese asesino poco se podía hacer. El 12 de abril *El Universal* dio a conocer una carta

fecha el 3 de ese mes, en la que se notificaban las cantidades dispuestas por el decreto del 26 de febrero del obispo de la Diócesis de Michoacán para el auxilio de los feligreses pobres víctimas del cólera. Los curatos de Michoacán, Guanajuato y San Luis Potosí dispusieron de poco más de veintitrés mil pesos de ayuda,⁷ suma considerablemente alta si atendemos a los sueldos anuales de los funcionarios públicos. En vano: la enfermedad era incontrolable. ¿Tenía razón el periódico conservador *El Universal* al temer la cercanía del apocalipsis mexicano? Para ciertos lectores del diario así debió parecer... pero para los que entendían el vocabulario político no escapaba el oportunista juego de palabras que aparentaban coherencia porque la realidad las hacía coincidir.

Los encargados de los asuntos políticos capitalinos sabían que el adelantarse a los acontecimientos o el sobrevalorarlos sería contraproducente para el gobierno. El cólera morbus era una dura prueba y tendría que ajustarse a una regla: todo a su tiempo y en su justa medida. Razón de estado: el pánico generalizado en la capital podía ser un enemigo tan peligroso como cualquier rebelde en provincia. Ya se sabía, y esta vez no debía ser excepción: los múltiples tumultos populares ciudadanos habían enseñado, desde la época colonial, que había que ser cautelosos con el manejo de los problemas que afectarían al conjunto de la población. Si las sequías o la escasez se aliaban con "medidas dolorosas" para la economía cotidiana, como racionar alimentos o aumentar los impuestos, la bomba social podría estallar. La sede de los poderes federales se tambalearía si se exageraban, desde el punto de vista político, las prevenciones. Así, a pesar de los constantes anuncios y noticias sobre el cólera que aparecieron en los diarios desde 1849 y sobre su aumento en el 50, la voz del gobierno no se hizo sentir; esperó hasta el último momento para actuar. Fiel a la creencia liberal, pero quizá más fiel a la experiencia, el gobierno dejó que la sociedad se previniera a sí misma antes de hacer algo "oficialmente". Las noticias de los efectos de la epidemia en pro-

vincia (cifras y recorrido) fueron llamadas de atención que crearon un colchón en las conciencias que permitió a las autoridades actuar con dureza contra comercios e individuos sin que reaccionasen “alterando el orden”.

La incertidumbre cedió: en el vecino estado de México el cólera se extendía con rapidez hacia la mitad del mes de abril. Y su entrada a la capital sería cosa de días. Los estragos de la epidemia pusieron en aprietos al gobierno de Mariano Riva Palacio; además de que algunos de sus amigos y conocidos enfermaron, recibía cartas de todas las regiones atacadas, desde Toluca hasta Chalco, de la tierra caliente sureña (el actual Morelos) hasta los límites con Michoacán y Guanajuato. El 19 de abril tomó medidas sobre el problema: se expidió el *Decreto del Congreso del E. de México facultando al mismo Estado para que tome las providencias necesarias para evitar los estragos de la epidemia de Cólera Morbus*.⁸ Con este decreto, el gobierno estatal organizó el Consejo Superior de Salubridad; en veintitrés artículos se trató de frenar la propagación de la enfermedad a través de la vigilancia médica a nivel municipal. Esos días, y muy sordamente, el gobierno del Distrito expidió un Bando de Policía que prohibía las reuniones en tabernas y expendios de pulque, so pretexto de guardar el orden, cosa que en otras condiciones debió ser “normal”.⁹ Así pues, se tomaban medidas en los márgenes físicos —en su doble sentido— del orden social capitalino: vigilancia sobre espacios cotidianos de los “léperos” y vigilancia sobre los límites del orden público. Al mismo tiempo, se tomaron medidas precautorias para que la enfermedad no traspasara las fronteras de la capital evitando que se introdujese fruta.

Y también se cuidaba de la propagación de otro viajero invisible, tan peligroso como el cólera mismo: el rumor. Pues si bien se quería evitar el pánico al no tomarse medidas apresuradas, había que vigilar la propagación de noticias exageradas sobre un tema que afectaba a cada uno de los habitantes —a diferencia de las acostumbradas alteraciones de la verdad en asuntos que sólo tocaban al círculo de políticos—; de otro modo se volvería parte de la

táctica de la presión contra el gobierno de Herrera. Razón de estado también. Las palabras no escritas tenían que ser cuidadas tanto o más que los hombres. Ya se sabía de su fuerza; en otras partes los rumores crearon un clima peligroso que amenazó con extender al ámbito político los estragos de la epidemia. Se decía que en Querétaro, por ejemplo, el cólera se debía a que “algunos malvados” habían envenenado el agua que surtía a la ciudad; y que acto seguido, el gobierno los había encubierto ordenando a los médicos que atendían a la población que envenenaran a su vez a todos los enfermos para evitar que se propagara la epidemia: de ahí la gran cantidad de muertos. El discurso periodístico llamaba a la descalificación; había que desmentir las ficciones que la prensa no inventaba o no utilizaba con fines políticos: “Todos los hombres de juicio se afanaban por destruir el efecto de tan estupendas vulgaridades”, diría a propósito *El Siglo XIX*.¹⁰ Y también los periódicos se desmentirían entre sí: *El Demócrata* capitalino criticó a *El Observador* de Querétaro por usar el trillado argumento de que el cólera era “castigo de Dios”.¹¹

En mayo se declaró oficialmente que la ciudad de México había sido invadida por esta epidemia. El día 19, el coronel Miguel María de Azcárate, gobernador del Distrito, quiso controlar los contagios: prohibió la venta de frutas, de algunas verduras y yerbas, carne de cerdo y sus derivados, pescados, pasteles, panes preparados con manteca, tamales y quesadillas, helados de frutas y de leche, aguas de chíá y horchata, tepache y pulque que no fuera fresco, entre otras cosas. Asimismo, mandó que se cerraran almidonerías, curtidurías y tocinerías; que se suspendiera la matanza de animales a partir de esta fecha en el Distrito y en los pueblos de los alrededores.¹² Menos de dos semanas después, otro Bando del propio gobernador Azcárate daba prevenciones sobre: Juntas de Socorros, cuidados en las casas de atención, señales en las casas de enfermos (pintar una letra “E” en la puerta exterior), venta de recetas, conducción de los cadáveres a los panteones (sólo se podía transportar a los muertos entre las cuatro y las seis de la maña-

na), apertura del Panteón de San Dieguito (especialmente para las víctimas del cólera) y sobre la certificación médica de que el inhumado no padecía de la llamada "muerte aparente", pues ya se había dado el caso de una mujer enterrada viva que había sufrido un ataque de parálisis, común en el cólera.¹³ Cuando la epidemia arreció, un Bando más mandó suspender el toque de redobles y las misas de cuerpo presente.¹⁴

La rudeza de las medidas gubernamentales estaba justificada ante la opinión pública (los dos tipos de lectores) por las cifras que la misma prensa proporcionaba. Y en estos días eran desconsoladoras: en Zacatecas entre el 8 y 12 de mayo hubo 287 enfermos y 154 muertos; en Querétaro, del 14 al 17 de mayo murieron 149 personas; en Michoacán, sólo en Morelia, murieron 106 sin saberse el número de enfermos entre el 9 y el 15 de mayo; en Guanajuato, del 9 de abril al 9 de mayo, según el periódico *El Guanajuatense*, murieron en La Luz, Marfil, Guanajuato, Silao, Irapuato, Valle de Santiago y Salamanca tres mil cuatrocientos cincuenta y un individuos; en Aguascalientes, del 23 de abril al 10 de mayo, enfermaron mil seiscientos diecisiete personas, murieron 581 y habían sanado mil treinta y seis.¹⁵

Las conciencias caritativas se volvieron a mover, al igual que lo hicieron poco tiempo atrás para ayudar a las víctimas de un incendio. Se creó entonces una Junta de Socorros; en su *Memoria* expusieron las labores realizadas: "La caridad pública correspondió al llamamiento que se le hizo. Consignados están en los diarios de aquellos meses los principales rasgos de la generosidad de todas las personas que contribuyeron al alivio y socorro de los infelices epidemiados.. Porque estos hechos comprueban la nobleza del corazón, que se muestra sensible al infortunio y a la desgracia". Se alabó la participación de las mujeres: las "virtudes del bello sexo... puestas en acción, demostraron que en la sensibilidad del alma se encierra un gran tesoro y que éste debía proporcionar positivos consuelos al desvalido aterrorizado con la idea de que el mal que lo

atacaba hacía de cada individuo una víctima. ¿Quién podría olvidar la heroica abnegación con que la mayor parte de las Señoras se consagraron al desempeño de sus penosas tareas? ¿Quién no vio la eficacia, el esmero y la asiduidad con que personalmente se dedicaron, no sólo a curar a los enfermos, sino a proporcionarles toda clase de auxilios, y aún aquellos consuelos que sólo dispensa el cariño en sus más estrechas relaciones?"¹⁶ Detrás de toda esta ampulosidad estaba una febril labor de recaudación de donativos, de organización de albergues, de distribución de medicinas y alimentos, de repartición de recursos, de preparación de los muertos y de su rápida sepultura.¹⁷ En la lista de participantes en la Junta de Socorros y en la de donadores hay nombres muy conocidos de la alta sociedad capitalina: Mariano Herrero, Faustino Goribar, Hilario Helguero, Mariano Esteva, Francisco María Beteta, general Mariano Salas, Guadalupe Almonte de Quesada, Juliana Azcárate de Pedraza, María Ana Noriega de O'Gorman, Antonio Haro y Tamariz, Gregorio Mier y Terán, Mateo Tijera, Margarita Peimbert, Juan Goribar, Manuel Peña, José María Casasola, Honorato Riaño, Manuel Escandón, José María Tornel, el gobernador Miguel María de Azcárate, Juan N. Almonte, Ignacio Comonfort y Francisco Modesto de Olaguíbel, entre otros. Muchos de esos nombres y apellidos eran más que conocidos en las polémicas políticas y en los círculos de hacendados, comerciantes y mineros.

Pero a los "otros" lectores les interesaban también otras formas de prevención. Y los periódicos, folletos, hojas sueltas y revistas dedicaron secciones y atenciones al problema: espantar al miedo... En los periódicos el asunto no ocupaba las primeras planas —reservadas a notas de índole política para lectores del círculo dirigente—, sino las finales y los anuncios comerciales. Dos discursos disímiles se dieron cita, de manera tan curiosa, cuanto que ambos se pensaban modernos y eficaces contra el cólera: el discurso religioso y el discurso científico. Por lo que toca al religioso, *El Universal* diría, por ejemplo, (tomando una nota de cierto periódico inglés) que, según dos refe-

rencias bíblicas del *Eclesiastés* sobre el cólera, el preservativo contra dicha enfermedad eran la sobriedad y la templanza.¹⁸ Otro ejemplo lo da un anuncio aparecido durante varios días en el mismo diario, donde se explicaban las ventajas de comprar un “cuadernito” —folleto, diríamos hoy—, titulado *Antídoto contra el cólera*, “que contiene: las jaculatorias de San Zacarías para que nos libre Dios de la peste; dos cruces del mismo Santo, una al frente del cuadernito y otra suelta para que se pueda fijar a las puertas de las casas, ventanas, etc.; reglas higiénicas para prever el cólera, modo de atacarle en sus principios y tres recetas para su curación, que generalmente se han empleado en todas partes con buen suceso. Hay concedidos setecientos veinte días de indulgencia por cada vez que se recen las jaculatorias”. El precio del cuadernito era de medio real y el de la cruz suelta un octavo.¹⁹

Por su parte, *El Siglo XXI* insertaba una cruz a la que acompañaba la siguiente oración:

Santo Dios,
Santo fuerte,
Santo inmortal,
líbranos Señor
de la peste
y de todo mal.
Por vuestras llagas,
por vuestra Cruz,
líbranos de la peste
Divino Jesús.²⁰

Asimismo, las organizaciones religiosas anunciaban los eventos dedicados a ahuyentar la epidemia. Las misas y los novenarios se sucedieron paralelos a los esfuerzos de grupos como los de las conferencias de San Vicente de Paul, integrados a las Juntas de Socorros. En mayo, “mes de María”, la Archicofradía del Inmaculado Corazón de María preparó varias misas y ejercicios para pedirle a la Virgen que librara a la capital de “la peste desoladora” que la amenazaba; la agrupación de los alonsiacos invitó al novenario en la capilla de su colegio para pedir a San Francisco Xavier, su santo patrono, que dejara a la ciudad libre del cólera.²¹

Pero no sólo los ruegos y los ejercicios religiosos exorcizaban al viajero funesto que invadió la cotidianeidad de los capitalinos. “Ayúdate que Dios te ayudará”, el discurso científico completaba las actividades contra el cólera sin oponerse al discurso religioso. La ciencia, con su fe secular decimonónica, racionalista, moderna, que bajo el apellido de “médica” fincaba su credibilidad, redondeaba la esperanza del conjuro. Ocupaba también sus espacios particulares en la prensa: folletos con ensayos especializados y artículos en las páginas centrales y la sección de anuncios comerciales en los periódicos. Uno de los más destacados fue el largo escrito del doctor Ramón Pérez Silva, artículo de una edición de un periódico de Morelia, reproducido por *El Siglo XIX*. De manera casi coloquial, el doctor Pérez Silva explicaba los síntomas, las fuentes de contagio y los modos de combatir a la enfermedad. Los síntomas: “vahidos, náuseas, cefalalgia ligera, inapetencia, sensación de una cosa que les sube del estómago a la cabeza y aumenta la náusea y el malestar. Este estado dura seis u ocho días”. Luego, “sin causa conocida, se siente invadida con ganas vivas de evacuar las materias fecales: estas son espesas, luego más líquidas acuosas... ligero dolor de corazón y aún en el brazo izquierdo; pulso frecuente con algún desorden, sudor abundante y caliente en toda la piel”. El paciente sufría de vómitos y evacuaciones abundantes, palidez, etc., hasta que a las pocas horas moría. Los remedios eran distintos según se atendieran las diferentes etapas de la enfermedad. Recomendaba el doctor Pérez Silva: 1) cucharadas de agua destilada de flor de naranjo (seis onzas), con cuatro granos de tártaro emético, jarabe de ipecacuana (media onza); 2) medios pocillos con cocimiento de corteza de pan y raíz de cramería (un cuartillo), doce gotas de láudano de Rosseau, jarabe de limón (media onza). También mezclado; 3) lavativas con un cuartillo de cocimiento fuerte de cramería, dos cucharadas de atole de almidón, veinte gotas de acetato líquido de plomo, mezclado todo con diez gotas de láudano líquido; 4) cucharadas con doce gotas de tintura acuosa de opio mez-

clado con seis onzas de agua destilada de lechuga; 5) medios pocillos de cocimiento ligero de cebada con diez gotas de ácido sulfúrico por cada cuartillo y media onza de azúcar; 6) lavativas con un cuartillo de cocimiento fuerte de manzanilla y quina, dos adarmes de asafétida disuelta en una yema de huevo, doce gotas de láudano líquido.²² Exactitud, seguridad y facilidad en las recetas acompañaban al éxito, cuando menos en la credibilidad popular, que sentía la diferencia entre las abultadas cifras en los diarios, finalmente lejanas y frías, y el manejo individual, íntimo del peligro.

Entre mayo y junio se anunció el “Método del doctor José Marks”, del cual se dijo también que era muy efectivo.²³ Asimismo, a partir del 27 de mayo apareció una serie titulada “Parte científica. Apuntes sobre el Cholera Morbus” que ampliaba las informaciones sobre los síntomas y recetas. Por ese entonces el cólera se manifestó tal y como se esperaba: las muertes abultaron las cifras a pesar de que —vano consuelo— se dijo que la epidemia de 1833 fue con mucho más mortífera.

No faltaron los remedios caseros. En un diario veracruzano alguien dijo “que quienes acostumbran a tomar *rapé* no son atacados por el cólera”.²⁴ O aquel otro de una inocencia manifiesta que, en caso de no ser muy efectivo, cuando menos era fácil y accesible: untarse aceite, manteca o cualquier grasa en las piernas y en los pies; no cenar más que una taza de té, “de China, no de las macetas”, se especificaba, y tostaditas de pan blanco. Pues la frugalidad y la mesura en lo que se comía y se tomaba —sobriedad y templanza bíblica— eran la clave de la prevención. Una vez atacado, el enfermo debía tomar una cucharada de infusión de raíz de colombo con láudano de Sidenham cada diez minutos o media hora; aplicarse sinapismos de mostaza, harina y agua; darse friegas de aguardiente refino con polvo de pimienta de Tabasco. Se aclaraba que estos remedios se tendrían que usar sólo para ayudar al enfermo mientras un médico lo atendía.²⁵ Obviamente, tampoco faltaron las sanguijuelas aplicadas a algunos de los enfermos.²⁶

Hubo otros conjuros científicos, como el “Mé-

todo del licenciado Vázquez” o el “Elixir oriental del Dr. G.L. Sand”, o el *Método curativo racional para el Cholera Morbus Asiático*, de Guillermo Ward Duck, folleto salido de la imprenta de Rafael Rafael, misma de donde salían *El Universal* y su fantasmal hermano *El Huracán*,²⁷ o el “Licor de Yippermann”, cuya sonoridad extranjera avalaba su éxito preservativo. *Cólera y muerte: distinciones de la misma circunstancia*.

Acontecimiento cotidiano, la muerte era manejada por los políticos y por la prensa como parte circunstancial del orden de la sociedad. Protocolos, valores y distinciones codificadas la hacían aparecer como un suceso que debía ser diferenciada de acuerdo a sus causas e incluso a sus objetivos. Pues si pocos meses antes la prensa se quejaba de lo deslucida de una ejecución pública, en la que los padres de familia no llevaron a sus hijos a presenciar tan edificante espectáculo, ahora se quejaba de que la exposición fugaz de los cuerpos de las víctimas del cólera ofrecía un espectáculo degradante. La diferencia entre la fiesta punitiva que exponía los cuerpos de los ajusticiados, o algunas de sus partes, como la mano de un fratricida,²⁸ y la descuidada exposición de los fallecidos por la epidemia, era de orden moral; dos tipos de higiene separaban lo que se tenía que ver y lo que no: la ética judicial, higiene del orden social, promovía la visibilidad del muerto; mientras que la ética simple suprimía, también por simple higiene, el espectáculo de los coléricos muertos.

Se pensaba que las ejecuciones debían ser vistas como una obligación cívica en la que el ejecutado era el ejemplo de toda una vida delincuente y de su final fatal, al tiempo que se consideraba tabú a los muertos “anónimos”. El paso de un carro por las calles de San Juan “conduciendo cuatro cadáveres enteramente desnudos” alteró los ánimos de aquellos que en otras ocasiones favorecían la pena de muerte pública de los delincuentes. Y es que en el caso de los coléricos no era necesaria la didáctica de la muerte para mostrar la dureza de la epidemia; el exceso, esta vez, no llamaba al orden. “Este espectáculo repugnante e inmo-

ral ha causado una gran sensación de terror en cuantos lo presenciaron". La falta fue atribuida a los eternos culpables, los que mostraban su espíritu poco republicano, civilizado y sensible, aquellos hombres de la "clase menos ilustrada de la sociedad". Repugnancia por los apestandos, inmoralidad por la desnudez de los cuerpos, actitudes poco dignas de quienes eran los seguros infractores; y la nota del diario deslindaba para no herir susceptibilidades políticas: "No creemos que el gobierno del Distrito le falten unas mantas o siquiera unas esteras para cubrir a los cadáveres que se conducen en los carros; mas, si como lo creemos la falta es de los carreteros, excitamos a las autoridades a fin de que no pasen desapercibidos tan escandalosos y punibles abusos".²⁹

La muerte, aunque afectaba a todos, no era públicamente dolorosa más que cuando tocaba a los hombres públicamente conocidos. Para el común de la población la muerte era un asunto privado, sin esquelas, la cual se hundía en un pronto y frío olvido: sólo sumaría dígitos a las cifras explicativas. En aquel caso, sus nombres eran resaltados... con la secreta esperanza de que el olvido tardara más en llegar.

Y la clase política no se salvó de los embates de la epidemia; varios jefes militares, como el coronel Matías Peña y Barragán y políticos encumbrados, murieron víctimas de la aguda deshidratación del cólera. Una de estas muertes resultó particularmente sensible: la modernización y el liberalismo perdieron a uno de sus principales impulsores. Guillermo Prieto recordaría el hecho: "Una tarde de 1850, y en los días en que la epidemia del cólera invadía barrios y gente infeliz, volvía Otero de una comisión del Senado relativa a la deuda pública... Volvía como siempre contento, y sus hijos corriendo a recibirle; de pronto sintió alguna molestia y se retiró a las piezas interiores. A poco gritó: tengo el cólera y me muero; que llamen al padre León... México entero se conmovió con la noticia del peligro del orador insigne. El mal avanzó con rapidez suma. La sala en que agonizaba Otero fue invadida por personas de todas las clases de la sociedad. El lecho del moribundo estaba rodeado de sus

amigos, que trémulos de angustia veían que se extinguía sin remedio... La esposa del grande hombre y sus hijos que le acariciaban, desgarraban el corazón... Pocas horas duró la agonía del jalisciense ilustre, quien falleció a los treinta y tres años".³⁰ Ese mismo día, *El Monitor Republicano* lo había criticado... Era el 31 de mayo en la noche; y según informaron sus amigos después, Otero murió el 1º de junio a la una de la mañana, luego de siete horas de agonía.

La pérdida afectó. *El Siglo XIX* notificó en un obituario de estilo desacostumbrado el sorprendente suceso: "Con la mano temblorosa y el corazón desgarrado por la pena, damos la funesta noticia de que a la una y media de la mañana de hoy ha fallecido el señor senador y consejero Lic. D. Mariano Otero. Cuando haya calmado el profundo dolor que nos agobia en este momento, dedicaremos un extenso artículo a la biografía del eminente ciudadano que ha perdido la república, y de cuya falta jamás nos consolaremos sus amigos".³¹ El diario cumplió su promesa: al poco tiempo reprodujo las semblanzas y los versos que los allegados al reformador Otero leyeron durante una reunión de homenaje póstumo. El cólera; asesino transparente, sumaba víctimas que no podrían ser vengadas por el Estado.

El cólera daba el contexto. Noticias, recetas, explicaciones, prevenciones, rezos y fórmulas acompañaron a los decretos, bandos y prácticas —incluyendo el silencio de las autoridades—; a órdenes y a quehaceres cotidianos: ideas y praxis que se hacían circular; imponían una forma de vida acorde a un orden deseado, pero se entendían y practicaban de modos diversos y particulares, condicionados por las formas culturales del pueblo al que se quería ordenar y que lo echaba a andar. Es la cultura del medio siglo mexicano: la del deber ser nacional y la de la realidad popular, con sus expectativas, maneras y códigos de relación... "circularidad, influencia recíproca... entre cultura subalterna y cultura hegemónica".³²

La nota del mes de agosto la dio el paso del cólera. El día 19 salió publicada la lista de atacados y muertos en la ciudad de México entre

mayo, cuando formalmente se declaró invadida la ciudad por la epidemia, y agosto, cuando descendió a "casos aislados". Otra vez los números creaban el ambiente al ser aceptada la información leída: de 16,506 atacados, murieron 7,801. El terror no desaparecía; sólo se le cuantificaba. Pues aunque las cifras no fueran exactas ni de procedencia conocida, como lo desearía un historiador, así formaban en los lectores de los diarios una idea de lo que estaba sucediendo. Desde Guadalajara, en sólo doce días se notificaron 2,195 atacados y 989 muertos.³³

Fue hasta septiembre cuando se declaró oficialmente libre de cólera a la capital. El día 2, el gobernador Miguel María de Azcárate publicó un bando basado en los informes del Consejo Superior de Salubridad, en el que derogaba los bandos del 19 de mayo y 13 de julio, ya innecesarios.³⁴ Los números iniciaron su danza explicativa: lo mensurable, se pensaba, era inteligible. Y el hecho de que las cifras de distintas fuentes no coincidieran, no era tan importante como la sensación que causaban, pues la relación entre atacados y muertos resultaba casi siempre la misma: la mitad de los afectados fallecían. Ignacio Cumplido, en su *Calendario de 1851*, informó que hubo 15,330 atacados y 7,600 muertos,³⁵ poco más de mil enfermos menos que los apuntados por *El Siglo*, con sólo doscientos fallecimientos menos. Años después, Manuel Orozco y Berra dio los siguientes datos: 18,498 afectados, con 9,619 muertes.³⁶

De cualquier forma, el porcentaje resultaba muy alto considerando que la ciudad rozaba los doscientos mil habitantes.

Había al respecto informaciones muy sugerentes de los estragos de la epidemia, como el cuadro final que a modo de informe presentó el director del Hospital de San Pablo al gobernador del dritito; en él se mostró parte de la realidad: a quiénes afectó el cólera y a quiénes no se les podía atender en sus casas —hogar, recursos y familia eran privilegios hermanados. El cuadro decía:

Enfermos de cólera y colerina:

427 enfermos — 363 de cólera
251 muertos — Todos de cólera
176 sanaron — 112 de cólera

De éstos, 159 fueron hombres; el cuadro por edades es el siguiente:

Entre	1 y 10 años —	6	enfermos
"	10 y 20 años —	11	"
"	20 y 30 años —	46	"
"	30 y 40 años —	54	"
"	40 y 50 años —	38	"
"	50 y 60 años —	8	"
"	60 y 70 años —	1	"
"	70 y 80 años —	1	"

También se cuantificó a los enfermos según sus oficios:

9	enfermos	jornaleros y zapateros
12	"	tejedores
20	"	cargadores
22	"	albañiles
5	"	vendedores o comerciantes
4	"	carpinteros
4	"	criados
4	"	soldados
3	"	carretoneros
3	"	obrajeros
2	"	escribientes
2	"	hojalateros
2	"	aguadores
2	"	pintores
2	"	herrerros
2	"	panaderos
1	enfermo	carbonero
1	"	cohetero
1	"	velero
1	"	platero
1	"	pescador
1	"	carnicero
1	"	sastre
1	"	cochero
1	"	mendigo
1	"	limpiador de tripas ³⁷

Todos los enfermos atendidos en el Hospital de San Pablo estuvieron bajo el cuidado de los

doctores Castillo, Jiménez y Navarro: tres médicos para 427 enfermos.

El cólera seguía su camino. La segunda quincena de septiembre apareció una noticia que disipaba dudas sobre la erradicación de la epidemia en el país: en el norte aún se sentía con toda su fuerza. "Por una carta particular, hemos sabido que en Tula de Tamaulipas ha descargado con tanta fuerza este terrible azote de la humanidad, que hasta el 8 del actual habían muerto más de 700 personas, contándose muy pocos habitantes de aquel pueblo que con más o menos gravedad no hubiesen sido atacados".³⁸

Y aunque la enfermedad ya se había retirado de la capital, el gobernador Azcárate aprovechó el contexto para mantener el control sobre los espacios de reunión de la "clase menos notable de la sociedad": en un bando ordenó que las vinaterías y las pulquerías se siguieran cerrando al toque de la oración.³⁹ Mantener el orden social en las zonas de fractura era su preocupación permanente.

Epílogo

El año de 1850 fue duro con los hombres del círculo político. Para muchos fue el último año

de su vida. Desde que inició 1850 los obituarios fueron frecuentes: senadores, diputados, militares, un gobernador, un ministro en el extranjero y un obispo sumaron sus nombres a la larga lista de muertes. Los senadores: Rafael de la Garza y Torres, Mariano Otero y Domingo Ibarra y Ramos; el gobernador de Zacatecas, Manuel González de Cosío; los diputados Juan de Dios Cañedo, Francisco Torres, Manuel José de Aranda, José María Sánchez, Antonio Díaz Guzmán; los generales Vicente Filisola, Matías de la Peña y Barragán, Juan Pablo Anaya, Pedro Cortázar y Francisco Rodríguez Puebla; el ministro en Londres José María Luis Mora; el magistrado Manuel de la Peña y Peña; el obispo de Michoacán Juan Cayetano Gómez de Portugal y Solís.

El cólera fue el principal azote de los políticos. En su informe del 14 de diciembre, el presidente Herrera expresó a los congresistas: "Cuando fuisteis llamados, en Mayo, a este lugar, la epidemia reinaba en la ciudad, y víctimas distinguidas de nuestro seno sucumbieron a ella, en el mismo día tal vez en que la capital de la República les vio llegar a cumplir con su deber: los que padecieron esta triste pero noble suerte, vivirán en la memoria de sus conciudadanos, en tanto dure la de los que se sacrifican por su obligación y por su patria".⁴⁰

Notas

¹ Miguel Bustamante, "La situación epidemiológica de México en el Siglo XIX", en Enrique Florescano y Elsa Malvido (comps.), *Ensayo sobre la historia de las epidemias en México*, 2 vols., t. II, México, IMSS, 1982, p. 463.

² *Ibidem*.

³ *El Monitor Republicano*, 9 de octubre de 1849; y *El Tío Nonilla*, t. I, pp. 135-136.

⁴ *El Siglo XIX*, 1º de enero de 1850, p. 4.

⁵ *El Siglo XIX*, 21 de enero de 1850, p. 84.

⁶ *El Demócrata*, 30 de abril de 1850.

⁷ *El Universal*, 12 de abril de 1850.

⁸ Véase Jach Autrey Dabbs, *The Mariano Riva Palacio Archives. A guide*, 3 vols., t. I, México, Ed. Jus, 1967 (Texas A & M University), y Archivo General de la Nación, *Suprema Corte de Justicia*, caja 35, exp. 3.

⁹ AGN, *Suprema Corte de Justicia*, caja 35, exp. 5, p. 237.

¹⁰ *El Siglo XIX*, 26 de abril de 1850, p. 468.

¹¹ *El Demócrata*, 4 de junio de 1850.

¹² *El Siglo XIX*, 21 de mayo de 1850 y AGN, *Suprema Corte de Justicia*, caja 35, exp. 3, leg. 131.

¹³ *El Siglo XIX*, 1º de junio de 1850.

¹⁴ AGN, *Suprema Corte de Justicia*, caja 35, exp. 3, leg. 131, julio 13 de 1850.

¹⁵ *El Demócrata*, 20 de mayo de 1850.

¹⁶ *Memoria de la Junta de Socorros (para los epidemiados del colera Morbus) del Cuartel Mayor No. 1 ha presentado al Sr. Gobernador del Distrito dando cuenta del desempeño de sus funciones; acompañándole al mismo tiempo la lista de los Sres. que hicieron donativos para tan filantrópico fin, y las cuentas de las cantidades invertidas en este objeto, así como la distribución de los fondos sobrantes*, México, Imps. de Santiago Pérez, 1850, p. 4. También AGN, *Gobernación*, SS, caja 373, exp. 3.

¹⁷ La Junta informó que el Cuartel Menor núm. 4 fue

uno de los más afectados por ser de los más pobres. *Memoria... op. cit.*, pp. 7-10. Sobre recetas, vales por medicinas, petición de auxilios para los pobres, etc. durante la epidemia, véase AGN, *Gobernación*, SS, caja 374, E2 (212), E.3 (1), E4 (8); caja 382, E.6 (1), E.7 (17). Para cólera en el Distrito Federal, cfr. Celia Maldonado, "El cólera de 1850 en la ciudad de México", en A. Moreno Toscano et al., *Investigaciones sobre la historia de la ciudad de México*, 2 vols., México, DIH, INAH, 1974, pp. 27-49; Archivo Histórico del Ayuntamiento (DDF), vol. 3676, años 1849-50, exps. 15-25.

¹⁸ *El Universal*, 26 de abril de 1850.

¹⁹ *El Universal*, abril-mayo de 1850.

²⁰ *El Siglo XIX*, 7 de junio de 1850.

²¹ *El Universal*, abril de 1850.

²² *El Siglo XIX*, 1^o de mayo (y días siguientes) de 1850.

²³ *El Siglo XIX* y *El Universal*, mayo-junio de 1850.

²⁴ *El Siglo XIX*, 21 de junio de 1850. Tomado de *El Zempoalteca*.

²⁵ *El Siglo XIX*, *ibidem*. *El Universal*, *ibidem*.

²⁶ AGN, *Gobernación*, SS, caja 373, exp. 3.

²⁷ Guillermo Ward, *Método curativo racional para el Cholera-Morbus Asiático*, México, Ed. de Rafael Rafael, 1850.

²⁸ Tal sucedió a Ramón Otero, acusado de la muerte de su hermano José; se le amputó la mano derecha después de serle aplicada la pena del "último suplicio" el 29 de diciembre de 1849. José María Casasola, *Colección de alegaciones y respuestas fiscales entendidas en varios negocios civiles y causas criminales que se han visto en el Supremo Tribunal de Justicia de la Nación*, habiendo

entre las últimas algunas bastantes célebres, 2 vols., México, Imps. de M. Villanueva, 1860.

²⁹ *El Siglo XIX*, 21 de junio de 1850.

³⁰ Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, pról. de Horacio Labastida, México, Ed. Porrúa, 1985 (Sepan Cuantos, 481), pp. 323-324.

³¹ *El Monitor Republicano*, 31 de mayo de 1850 y Jesús Reyes Heróles en *Mariano Otero*, *Obras*, 2 vols., t. I, México, Ed. Porrúa, 1967, p. 173.

³² La cita es de Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Muchnick Eds., 1986, p. 17.

³³ *El Siglo XIX*, 19 de agosto de 1850.

³⁴ AGN, *Suprema Corte de Justicia*, caja 35, leg. 2, exp. 131.

³⁵ *Cholera Morbus en México. Documentos para la historia de México. Calendario de Cumplido*, México, 1851, p. 92; Orozco y Berra, *Historia de la Ciudad de México, desde su fundación hasta 1854*.

³⁶ Orozco y Berra, *Id.*; Celia Maldonado, *op. cit.*, p. 28. Elsa Malvido, estudiosa de estos temas, opina que el porcentaje de muertes debió ser en realidad más alto; casi el 10% del total de la población.

³⁷ *El Monitor Republicano*, 13 de octubre de 1850.

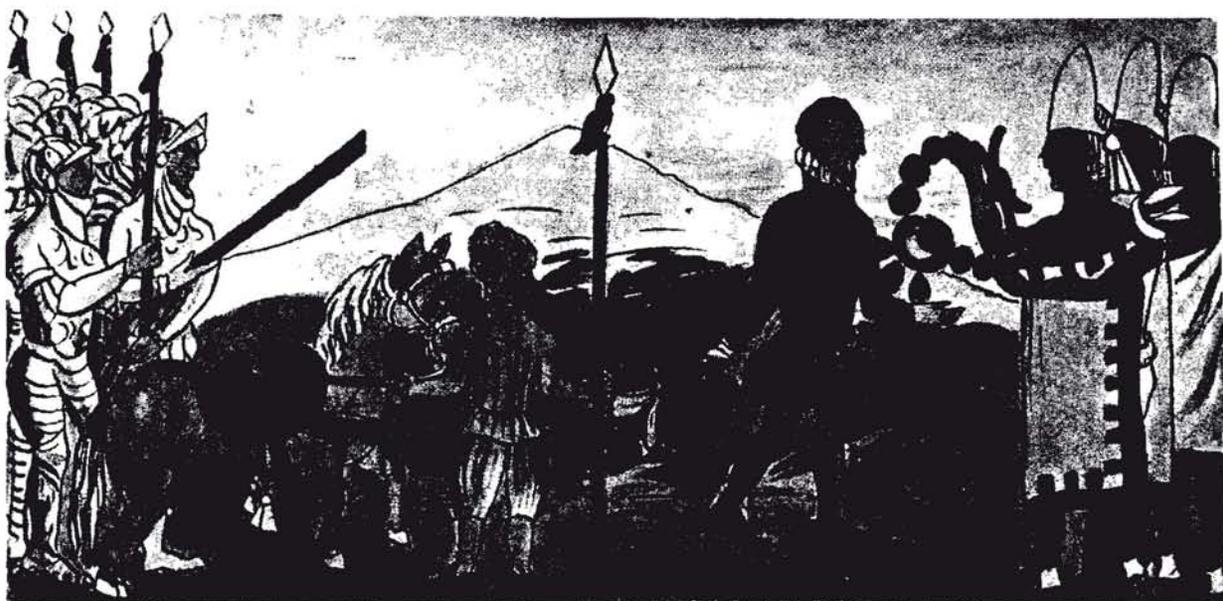
³⁸ *El Tío Nonilla*, 28 de septiembre de 1850, t. II, p. 55.

³⁹ AGN, *Suprema Corte de Justicia*, caja 35, exp. 4, leg. 128.

⁴⁰ *Los presidentes de México ante la Nación. Informes, manifiestos y documentos de 1821 a 1966*, ed. XLVI Legislatura del Congreso de la Unión, t. I, p. 377.



*"De cómo los tlaxcaltecas tuvieron junta y consejo
sobre recibir al marqués, de paz, y entregalle la
ciudad y del gran recibimiento que le hicieron".
Durán, título del Cap. LXXIII.*



"De cómo el marqués del Valle fué recibido en México de Montezuma y de sus grandes con mucha solemnidad y contento y aposentado en las casas reales de la ciudad y muy bien servido..." Durán, título del Cap. LXXIV.